

JOSE CORTES GUMUCIO



JOSÉ CORTES GUMUCIO (Oruro-1942). Ingeniero agrónomo y escritor. En su larga experiencia, se desempeñó como Técnico de la Corporación de Desarrollo-Oruro y del Instituto Boliviano de Tecnología Agropecuaria, Catedrático y Decano de la Facultad de Agronomía y Secretario General de la Universidad Técnica de Oruro, actualmente es Director de Postgrado e Investigación Científica de la misma universidad. En los campos de su profesión y la literatura, ha publicado: «Diagnóstico Agropecuario del departamento de Oruro» (1983); «Estrategias y Políticas del sector Agropecuario del departamento de Oruro» (1983); «Trigo», en coautoría con Carlos Condarco (1983); «Los Camélidos Sudamericanos» (1984); «Tu luz brillaba como el amanecer» (novela, 1992) y «Estrategias de Investigación, Educación y Extensión Agrícola en la Lucha contra la Pobreza» (1998).

Un grito en la plaza desierta

(Cuento)

El cielo estaba azul radiante. El día estaba tan tranquilo que podía oírse crecer la hierba y literalmente el vuelo de un mosquito. La paz y tranquilidad del valle a las dos de la tarde era un verdadero paraíso terrenal. El calor primaveral sumamente relajador invitaba a la siesta.

Estaba en mi oficina, medio adormecido pero con el intenso deseo de terminar mi informe de actividades. Mi mente se iba entre recuerdos de las cosas que había hecho un día martes de hace tres semanas y la intensa lucha de mantener mis ojos abiertos. Recordaba cosas sin importancia para mi informe, como cuando estaba a punto de apoyarme sobre una víbora venenosa que estaba tranquilamente durmiendo sobre una roca.

En medio de esta lucha por cumplir mi trabajo burocrático o dejarme llevar por la tranquila paz del valle, escuché un grito espantoso. En realidad era un alarido sin palabras, aparentemente irreal.

Mi espíritu se conmocionó, pensé que era un sueño. En este valle apaciblemente verde y tranquilo, en esta plaza desierta a las dos de la tarde... nada... nada podía ser así.

Sin darme cuenta estaba clavado en mi asiento y mi mente trabajaba intensamente.

De pronto un nuevo grito, más espantoso que el anterior, sin palabras inteligibles, aparentemente sin intención.

Sentía el sudor frío por mi frente y mi mente sufría por interpretar ese grito pasmoso. Nunca me había ocurrido algo igual, estaba revisando mi vida en este extraño lugar, en este pueblo tan tranquilo, en el cual vendían chicha a medio día en la plaza, en cantaritos aislados, casi sin compradores...

Nuevamente otro grito. Me dolía la espalda, me temblaban las piernas... pero me puse de pie, empujé mi escritorio hacia adelante, hice caer los blancos papeles de mi informe... y me precipité a la puerta para ver qué era lo que producía tan es-

pantosos gritos.

Ya, en la puerta vi al cieguito del pueblo, estaba parado, agarrando el palo que le servía de bastón, se apoyaba levemente sobre la pared de adobe.

Estaba tan tranquilo, flemático ante tremendos gritos.

Me impuse a mirar hacia ambos lados, arriba y abajo, escudriñar la plaza... ver de dónde venían los gritos.

De pronto, el ciego pegó otro tremendo grito...

Veía, que movía sus labios y su estentórea voz rompía el silencio del pueblo.

Me parecía imposible que nadie en el pueblo salía a ver que pasaba, ni por qué gritaba el ciego.

Tuve que salir corriendo a preguntar a alguien por qué gritaba. En la alcaldía me encontré con el Alcalde casi impávido y somnoliento, sentado, sin emociones, más agobiado por el calor que por los terribles gritos.

Vi que se despertaba un poco, al ver mi cara desfigurada por el terror y la curiosidad, por saber qué pasaba. Tartamudeando le pregunté qué pasaba, por qué gritaba el ciego... Él me contestó, que era la manera de llamar a remate, en ese momento se estaba rematando un burro perdido, que fue encontrado pastando en un jardín ajeno. Era la costumbre de rematar a los semovientes, para pagar los daños causados, el alimento que le daba la Alcaldía y era la principal fuente de ingresos que tenía la Alcaldía del pueblo para sus obras de infraestructura, el monumento al protomártir del pueblo y la limpieza del kiosko de la plaza principal.

Después del primer mes de trabajo en este bello pueblo, la experiencia de los gritos del ciego rematando los burros y las vacas perdidas, se quedaron grabados a fuego en mi mente junto a la belleza paradisíaca de los pueblitos bolivianos.